

La intervención de la política en el deporte

JEAN MEYNAUD.
(Universidad de Montreal).

JEAN MEYNAUD, profesor de la Universidad de Montreal y autor de varios libros sobre temas deportivos, realiza en este artículo un interesante análisis de las relaciones y lazos que unen la política y el deporte. Aunque tenga cierta antigüedad (apareció en un número dedicado al deporte de la revista «Economie et Humanisme» en marzo-abril de 1968), pensamos que los problemas que plantea tienen absoluta vigencia. Es por ello, que APUNTES DE MEDICINA DEPORTIVA ha considerado que merecía la pena publicarlo. Agradecemos a la dirección de la mencionada revista francesa la autorización que nos ha dado para que el artículo fuera traducido y presentado a nuestros lectores.

La evaluación de los efectos del deporte sobre la política ha dado lugar a los juicios más diversos. Unos, olvidando la antigüedad y universalidad de la apatía hacia los asuntos colectivos, acusan al deporte de hacer la competencia a las actividades políticas y, en particular, de suscitar el abstencionismo electoral: para bastantes, declaraba recientemente en Zurich un antiguo consejero federal, el deporte reemplaza a la política. Otros, cerrando los ojos ante los engaños y brutalidades de todo tipo que conlleva la competición deportiva, presentan al deporte como un modo privilegiado para adquirir virtudes cívicas. Estas especulaciones que nunca han sido objeto de verificaciones sociológicas sobreestiman, tanto en un sentido como en otro, el impacto actual de la práctica deportiva sobre las actitudes políticas: una práctica cuyos adeptos no representan, por otra parte, más que un porcentaje sorprendentemente pequeño de la población.

Pese a que el análisis de la intervención de la política en el deporte no sea excesivamente

complicado porque los elementos de juicio son fácilmente detectables, el hecho de que no haya estudios monográficos sobre estas «ingerencias», según la terminología del Comité Olímpico Internacional (C. O. I.), hace que la tarea sea bastante dificultosa y, no hay duda, de que este artículo puede estar lleno de apreciaciones inexactas y hasta erróneas.

I. — EL ESTADO Y EL DEPORTE

Las autoridades públicas manifiestan actualmente una fuerte tendencia a interesarse por los asuntos deportivos, a subvencionar o alentar de múltiples maneras la práctica deportiva y, en consecuencia, a controlar su desarrollo. Esta tendencia se manifiesta notablemente en Francia: la actitud de la V República a este respecto no es más que una continuación y ampliación de la obra de la IV. Se trata de ayu-

dar materialmente al deporte pero también de aumentar el prestigio de los deportistas. Citemos a este propósito las palabras del general De Gaulle en octubre de 1966 con motivo de que algunos deportistas fueran condecorados, excepcionalmente, con la orden de la Legión de Honor y con la del Mérito Nacional: «...cuando los campeones por sus esfuerzos continuos dan ejemplo y, por sus resultados, contribuyen al patrimonio de Francia, lo que les hace provechosos en todos los sentidos, el Gobierno debe reconocer y premiar estos méritos».

TENDENCIA A LA INTERVENCION

De que ello sea una tendencia general, acabamos de tener una nueva prueba con la introducción de un capítulo dedicado al deporte en el plan quinquenal italiano de desarrollo. Es la primera vez, han subrayado los comentaristas, que el Estado italiano decide considerar el deporte como un aspecto de importancia esencial.

Uno de los móviles de este interés parlamentario hacia el deporte en Italia parece haber sido la inquietud en aclarar las causas de las resonantes derrotas sufridas por el equipo nacional de fútbol. Ya con anterioridad, el Comité Olímpico Nacional Italiano (C. O. N. I.), que juega un papel clave en la organización del deporte en este país, había publicado (octubre de 1966) un libro blanco sobre el deporte defendiendo la política seguida en este sector pero deplorando la debilidad de la práctica deportiva en los jóvenes italianos. En consecuencia, el C. O. N. I. se ha declarado en favor del contenido del programa adoptado por la Cámara. Aún sosteniendo que el deporte de competición debe estar libre de ingerencias, el C. O. N. I. estima necesario hacer llegar a todos la educación deportiva (aunque no sea más que para aumentar las bases sobre las cuales se efectúa el reclutamiento de los campeones) y en este caso reconoce que el estado moderno tiene un extenso campo de actuación.

Estas responsabilidades son asumidas con una amplitud y una continuidad excepcionales por las autoridades de los países socialistas. La situación es particularmente clara en la U.R.S.S. donde la práctica deportiva alcanza hoy en día a 50 millones de personas (frente a 50.000 que había antes de la revolución). El reclutamiento de los futuros deportistas se efectúa desde los 11 años a través de las 2.500 escuelas deportivas animadas por 175.000 profesores y monitores especializados. Se cuenta con dieciséis institutos de Educación Física (de los cuales el más prestigioso es el de Leningrado), dos institutos de investigación deportiva, con aparatos de gran complejidad que sirven para medir los

perfiles energéticos de atletas y nadadores, una escuela médica en Estonia cuyo objetivo es formar a lo largo de seis años, a hombres capaces de compaginar el entrenamiento técnico-depor-



Las medallas olímpicas es una finalidad política de muchas naciones. Kornelia Ender nadadora de la Alemania del Este ha sido la reina indiscutible de la natación femenina al lograr cuatro medallas de oro y una de plata en los Juegos Olímpicos de Montreal.

tivo con el desarrollo hormonal. La planificación de la actividad deportiva (por ejemplo: la introducción en el país de un nuevo deporte) viene precedida por una serie de estudios profundamente científicos (traducción de obras

extranjeras, análisis de fotos tomadas en el país y fuera de las fronteras, realización de estudios monográficos...).

Estos elementos permiten comprender el que en algunos decenios la U.R.S.S. haya pasado a ser una de las potencias-clave, sin duda la potencia dominante, del deporte internacional. Tales resultados son todavía más significativos si se tiene en cuenta que el ruso medio sólo hace una generación que comé carne y verduras de forma regular. En la Unión Soviética, la práctica deportiva es muy poco costosa y el equipamiento existente es fácilmente accesible. Se considera al deporte como uno de los factores que deben posibilitar la formación de un hombre nuevo. Por tanto, se exige a los atletas importantes que sean modelos para la juventud, y se dirigen duras críticas a los que no tienen suficiente fuerza moral en las competiciones.

Por regla general, los restantes Estados socialistas se inspiran en este modelo. Tal es, sobre todo, el caso de la República Democrática Alemana cuyos atletas ya tienden en la actualidad a sobrepasar a los de la República Federal en varias disciplinas. Es en natación, atletismo y remo donde la fuerza de Alemania del Este se ha afirmado con mayor vigor. Los técnicos y periodistas extranjeros han hablado a este respecto de «formidable progresión», de «anonadante elevación», de «inverosímil promoción...». No obstante las causas de estos progresos no tienen nada de misterioso: se deben a la importancia que atribuyen las autoridades de Alemania del Este al capital-potencia que representa la juventud: se deben asimismo al carácter extraordinariamente metódico y racional de la preparación física de los atletas. La prensa de Alemania Occidental no desperdicia nunca la ocasión de presentar a los atletas del Este como simples peones de un tablero de ajedrez sometidos a una presión político-económica constante. La realidad no puede ser analizada de forma tan simplista y tendenciosa.

PUNTOS DE VISTA SOBRE LA INTERVENCION

En los países no socialistas, es bastante frecuente que los medios deportivos presenten la intervención de las autoridades en este sector como signo de nacionalización del deporte por parte del Estado. Sin embargo, estos mismos ambientes parecen menos dispuestos a denunciar el progresivo sometimiento del deporte a los intereses comerciales y económicos en general. Las últimas consecuencias de esta situación son patentes en América del Norte donde varias disciplinas deportivas tienden a conver-

tirse, con ayuda de la televisión, en un auténtico «big business» o en un verdadero «racket» (caso del boxeo profesional). En este sentido, digamos solamente que durante la presente temporada los canales de televisión americanos han desembolsado 75 millones de dólares para retransmitir los partidos de fútbol profesional; negocio provechoso, por otro lado, si se tiene en cuenta que estos canales hacen pagar a su vez 70.000 dólares por minuto de publicidad durante la retransmisión de los partidos de la Liga Nacional. Es fácil imaginar las manipulaciones de todas clases a las que da lugar la puesta en juego de capitales con tal envergadura. Tal es el claro ejemplo del ciclismo en Europa, donde no hay mucho espíritu deportivo cuando el empresario y sus auxiliares son los que exigen unos resultados y dirigen la preparación del atleta.

De hecho, los medios deportivos no protestan contra la concesión de ayudas económicas procedentes de la Hacienda Pública o la concesión de privilegios materiales (tales como la utilización gratuita de los ferrocarriles). Al contrario, sea a nivel municipal o nacional, no cesan de reivindicar nuevas mejoras. Las críticas comienzan solamente cuando las autoridades se proponen vigilar la forma como se emplean estas facilidades o cuando poner condiciones previas a la concesión de determinadas ayudas. El control público puede ser molesto pero es inevitable desde el momento en que se otorgan, bajo una forma u otra, los fondos de los contribuyentes. Además, como lo atestiguan numerosos ejemplos, la presencia de los representantes del Estado en un organismo no implica necesariamente la nacionalización de éste.

No obstante la voluntad de estar presente en los organismos rectores del deporte ha valido al Gobierno francés algunas dificultades con el C. O. I. El asunto surgió ante la reorganización del Comité Olímpico Francés. Se trataba de que dos miembros de la administración, elegidos por el ministro de la Juventud y de los Deportes, entraran en la comisión que se cuida de la preparación de los equipos olímpicos. Si el Estado asumía gran parte del gasto destinado a este efecto, parecía del todo legítimo otorgarle un lugar en la Comisión del Comité: cargo, por otra parte, de escasa fuerza y que no perjudicaba la estructura de tal comisión cuyos miembros eran elegidos mayoritariamente. Este cambio fue adoptado por votación casi unánime el 24 de junio de 1966 en la Asamblea General del Comité dándose un voto en contra: éste fue el de M. ARMAND MASSARD, uno de los franceses que componían el C. O. I. M. MASSARD declaró que esta modificación debía ser aceptada por el organismo olímpico

y se opuso al nombramiento de dos representantes del Estado por considerarlo contrario al espíritu del olimpismo.

El C. O. I. es un organismo absolutamente anacrónico tanto por su estructura como por su forma de funcionamiento. Por no querer reformarse adopta ciertas posturas ficticias entre las que una de las más graciosas es que los Comités Olímpicos de los países socialistas están formados por personalidades independientes del Estado y sin ninguna relación con el sector político. La formación de los Comités Olímpicos en los países ex-colonizados, donde es frecuente que el Gobierno administre directamente todos los sectores de la vida social, la situación de los Comités Olímpicos es igualmente anacrónica. En estas condiciones son comprensibles los reparos de M. ARMAND MASSARD y de Mr. AVERY BRUNDAGE presidente del C. O. I., de nacionalidad americana, que se había desplazado a París en febrero de 1967. Finalmente el C. O. I. aceptó el punto de vista

francés pero no sin adoptar una nueva postura ficticia: la de que la presencia de estos dos funcionarios había sido solicitada por el Comité francés y que, por tanto, los primeros eran invitados del segundo.

En definitiva, vista la tendencia universal del deporte comercial a interesarse únicamente por las competiciones y equipos rentables desde el punto de vista financiero, la ayuda del Estado es indispensable para asegurar el desarrollo y perfeccionamiento de la práctica deportiva. Sin instalaciones públicas adecuadas (problema de material y personal), las clases sociales menos privilegiadas, que siguen siendo la mayoría, continuarían estando marginadas —casi siempre— de las ventajas de la práctica deportiva. Ante esta situación es normal que el Estado adopte una política deportiva y controle los medios para llevarla a término. De todos modos se debe examinar si, tal como afirman diversos medios deportivos, esta intervención del



El espectáculo magnífico de la Clausura de los Juegos Olímpicos de Montreal, símbolo de la amistad entre todos los pueblos del mundo.

Estado no implica una mayor tendencia a poner el deporte al servicio de la política.

II. — UTILIZACION POLITICA DEL DEPORTE

Desde hace largo tiempo, los gobernantes han intentado poner el deporte al servicio de sus proyectos y ambiciones. La táctica consiste en orientar toda la actividad deportiva hacia un objetivo determinado. Así, considerando los efectos saludables del deporte sobre el cuerpo humano, las autoridades de varios países han orientado los ejercicios deportivos hacia un perfeccionamiento de la preparación militar o hacia la mejora del rendimiento en el trabajo. Este fenómeno hace que normalmente el desarrollo del deporte nacional vaya únicamente dirigido hacia el objetivo que le interesa alcanzar al Estado.

Actualmente existe una tendencia creciente a utilizar los resultados deportivos, especialmente internacionales, en beneficio de la política. El deporte tiene pocos practicantes pero sí tiene muchos espectadores (se calculan en millones y hasta decenas de millones desde la aparición de la televisión).

Por medio de la propaganda que representan unos buenos resultados deportivos, las autoridades pretenden obtener una serie de ventajas políticas. He aquí tres ejemplos característicos: un acrecentamiento del prestigio nacional a través del mundo, especialmente en el marco de la confrontación entre el Este y el Oeste; una contribución a la unidad nacional cuando ésta no se ha consolidado todavía o da señales de disgregación; una forma de anular problemas de orden interno que de otra forma provocarían movimientos de protesta y agitaciones.

Es evidente que las autoridades harán lo posible para conseguir estos resultados: en realidad este es uno de los móviles esenciales del interés de los organismos oficiales hacia el deporte.

AUMENTO DEL PRESTIGIO NACIONAL

Este problema se vio claro en una emisión de la televisión americana el 22 de mayo de 1966 en la que participó el Vicepresidente de los Estados Unidos, míster Humphrey. Este señalaba el avance progresivo de la U.R.S.S. sobre los Estados Unidos en el terreno deportivo. En 1964 (Juegos de Tokio), los americanos consiguieron más medallas de oro que los rusos pero estos últimos alcanzaron un total de medallas superior. En estas circunstancias Humphrey invitaba a los americanos a demostrar que una «sociedad libre» puede sobrepasar a la Unión Soviética en el desarrollo del deporte «ama-

teur». Señalando que la Casa Blanca daba mucha importancia a la cuestión, el Vicepresidente insistía sobre el desafío lanzado por la U.R.S.S. y afirmaba que los Estados serían humillados como nación si no daban a su juventud la posibilidad de combatir en igualdad de condiciones «a chance to compete»; rechazando totalmente la solución del control gubernamental, Humphrey sugería diversas medidas por las que fuera posible un cambio en la situación, cambio, por otra parte, de extrema importancia ya que la Unión Soviética presentaba el triunfo de sus atletas como prueba de la superioridad de la cultura socialista.

Esta toma de posición debía de suscitar una controversia. En fecha del 24 de mayo el «New York Times» publicaba bajo el título «Sports and the cold war» (1) una editorial en la que se refutaban y rechazaban las proposiciones del Vicepresidente. El periódico le acusaba de sobreestimar las victorias soviéticas y de crear inquietudes en función de sus intereses políticos. El diario se hacía, además, el apóstol de la «concepción americana del deporte» basada según deseo de COUBERTIN, en la virtud de la competición por ella misma sin mitificación del ganador. Los rusos, aseguraba el «New York Times», han transformado los atletas olímpicos en gladiadores pagados; ello no es una razón para que los Estados Unidos hagan lo mismo.

Después del ataque, el Vicepresidente Humphrey creyó necesario responder con una carta publicada en el número del 28 de mayo. En ella decía que los Estados Unidos participan en muy pocos deportes olímpicos (30 de sus 36 medallas de oro de 1964 fueron ganadas en atletismo y natación). Sostenía asimismo que las competiciones internacionales afectan a la imagen de los Estados Unidos ante el resto del mundo.

Humphrey terminaba diciendo que el «New York Times», por su reconocido interés hacia el prestigio nacional no debía ir en contra de la mejora de los resultados deportivos de los atletas americanos.

Es un hecho que la Unión Soviética, que en un principio había estado sometida al bloqueo deportivo por los países capitalistas, ha intensificado considerablemente sus relaciones deportivas con el exterior en este campo desde 1945.

Hoy día mantiene relaciones deportivas con 80 países. Anualmente recibe unos 10.000 atletas extranjeros (principalmente de países socialistas y de los escandinavos) y 10.000 de sus atletas participan en competiciones del extranjero. Estas relaciones se establecen a través de numerosos deportes; por ejemplo, el tenis: an-

(1) «Sports and the Cold War»: «El Deporte y la Guerra Fría». — (N. del T.).

teriormente los soviéticos lo calificaban de deporte decadente y burgués pero en la actualidad van a Wimbledon y participan en la Copa Davis. Está fuera de duda que la Unión Soviética considera sus triunfos deportivos como una brillante prueba de la superioridad de su sistema social.

Si nos atenemos a los hechos sin analizar cual debería ser la concepción ideal del deporte —habría mucho que decir, por otra parte, de la concepción aristocrática y discriminatoria de COUBERTIN— la posición del Vicepresidente Humphrey se caracteriza por un gran realismo. Las autoridades americanas, especialmente los militares, se esfuerzan desde hace algunos años en mejorar la calidad de sus deportistas en el plano internacional. La rivalidad entre el Este y el Oeste no permite desaprovechar ningún recurso que posibilite acrecentar la superioridad de unos y otros. Pero la misma tendencia también se observa en países que no están directamente implicados, en esta confrontación o en los que sus escasas dimensiones no les permiten aspirar a los primeros puestos. Así es como Suiza, inquieta por los fracasos habidos en ciertos deportes en los que solía destacar ha programado una campaña de actuaciones para estimular el deporte de élite ante los Juegos de 1968.

CONTRIBUCION A LA UNIDAD NACIONAL

El Canadá es un buen punto de partida para estudiar este fenómeno. A pesar de «slogans» pretenciosos (un país que va de un Océano a otro, o según los términos del folklore local «from coast to coast») la conciencia de nacionalidad no es muy intensa. Así se explica que las clases dirigentes empleen las victorias internacionales de los atletas del Canadá, poco numerosas por otra parte, como arma para desarrollar el orgullo canadiense que no es sentido por determinados sectores. La algazara hecha en torno a la victoria de NANCY GREENE en los Campeonatos del Mundo de Esquí ilustra bien este tipo de persuasión política por medio de las victorias deportivas.

Con las mismas intenciones, y para obtener el mismo resultado, la Comisión del Centenario de la Confederación (1867 - 1967) ha programado diversas competiciones deportivas para reunir a los atletas de todas las provincias. Durante su primer siglo de existencia, la Confederación canadiense ha pretendido que el elemento anglófono dominara la provincia de Quebec y que cualquier actitud francófona desapareciera de ésta y de las restantes provincias canadienses, haciendo excepción de Nueva-Brunswick a causa de la fuerte oposición de los

Canadienses. Se comprende por tanto, que muchos de los habitantes de Quebec, aún considerando ventajoso desde el punto de vista económico su integración política al Estado de Canadá, no se sientan muy identificados con el mismo; motivo que explica los esfuerzos de la Comisión del Centenario por suscitar la integración que la historia no ha producido.

Otro caso característico de esta actuación de la Comisión en el terreno deportivo es la organización de los Juegos de Invierno canadienses, que debían haberse celebrado en la ciudad de Quebec en febrero de 1967. El objetivo de esta manifestación, de esquemas similares al modelo olímpico, era el de promover la unidad nacional a través del deporte. Según muchos comentaristas, el éxito habría sido completo. Nuevamente, afirmaba uno de ellos, el deporte habrá hecho más por unir a ciudadanos de un mismo país, con tendencias casi irreconciliables, que los elementos políticos del mismo. Otro pronosticaba que después de los Juegos, y a causa de ellos, habría canadienses y no habitantes de Ontario o de Quebec.

La idea de que el deporte puede suscitar o estimular la solidaridad política parece bastante extendida. En la C. E. E. se ha propuesto la creación de la Europa del Deporte, en vistas a reforzar el sentimiento de adhesión comunitaria entre los habitantes de los seis países. Es, pues, natural que minorías con deseos independentistas que pretenden defenderse contra la asimilación organicen competiciones deportivas en vistas a salvaguardar su unidad (recuérdese la actuación del movimiento Sokol para mantener la conciencia nacional checa ante la dominación austro-húngara). Este intento de afirmación nacional a través del deporte, también lo vemos en la acción de los siete alpinistas vascos de España que, habiendo alcanzado en junio y julio de 1967 la cima de algunos picos de los Andes peruanos, desplegaron en ellos la bandera vasca. Estos hombres deberían haber recibido medallas de oro en recompensa de su hazaña pero cuando el Gobierno español tuvo noticias de su postura nacionalista, los arrestó y les hizo excluir inmediatamente de la Federación Española de Alpinismo.

REALIZACION DE MANIOBRAS QUE DESVIAN LA ATENCION HACIA OTROS PROBLEMAS

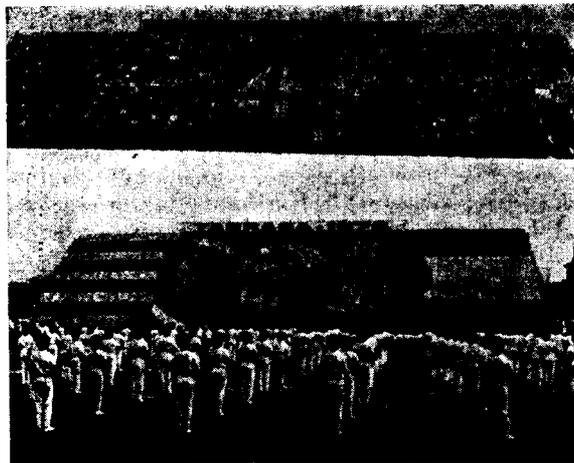
La realización de tales maniobras se atribuye a las clases dirigentes de los países subdesarrollados que, incapaces de mejorar la situación de los pueblos que tienen a su cargo, se esfuerzan en adormecerlos por la embriaguez que motiva el espectáculo deportivo (así el fútbol es considerado como el opio del pueblo en

numerosos países latino-americanos). Esta táctica no es falsa pero no se limita a los países pobres pese a que en ellos sea muy utilizada.

Pongamos por caso la última Copa del Mundo de Fútbol que se jugó en Inglaterra durante el mes de julio de 1967. Fue ganada por el equipo inglés aunque en esta ocasión, como en muchas otras, los estereotipos del «fair-play» (1) y la flema que tanto han caracterizado al pueblo inglés sufrieran numerosos golpes. En cuanto al «fair-play», comentaristas neutrales, pese a reconocer la categoría del equipo inglés, hicieron notar que hasta entonces nunca se había visto que el equipo de un país organizador se beneficiara de tantas ventajas en los sorteos y en el reparto de los terrenos de juego. La flema quedó también en entredicho cuando, después de la victoria una multitud aullante ocasionó un embotellamiento impresionante en el centro de Londres desde las 9 de la noche a la 1 de la madrugada (la policía fue totalmente incapaz de restablecer el orden y sus vehículos tuvieron que ir por las aceras para poder circular). Sin embargo el aspecto más significativo de esta historia es para nosotros el esfuerzo del primer ministro H. Wilson, recién llegado de los Estados Unidos, para que su imagen fuera asociada a esta victoria, sobre todo cuando estaba delante de las cámaras de televisión. En el banquete al que asistió con dos de sus ministros, el líder laborista se ocupó de que le fotografiaran acariciando a «Pickles» el perro blanco y negro aparecido no se sabe de dónde al que se le ha atribuido que encontrara la Copa del Campeonato después de que fuera robada en Londres. Según los espectadores, la imagen del primer ministro, intentando atribuirse una parte de la inmensa popularidad que rodeaba al equipo victorioso, era más grotesca que la que había mostrado en su exhibición junto a los «Beatles».

Si la Copa hubiera sido ganada por un equipo latino-americano es difícil que el Gobierno de su país hubiera hecho tanta demagogia codeándose con los vencedores como la que hizo el primer ministro de Su Majestad. Lo cierto es que fue muy bien para que el público inglés olvidara, aunque de forma momentánea, la larga serie de fracasos del Gobierno laborista, así como el considerable número de promesas incumplidas. «El león ha rugido» decía el «Sunday Express» a propósito de este resultado mientras que un miembro del Gobierno insinuaba a interlocutores extranjeros que la victoria, devolviendo la seguridad al pueblo inglés, podía contribuir al restablecimiento de los valores de la Banca de Inglaterra. Así pues los países pobres no son los únicos en buscar compensaciones o consuelo en los éxitos deportivos.

Los Gobiernos que especulan sobre el depor-



Demostración deportiva con motivo de los Juegos Provinciales Sant Jordi con exhibición por primera vez en España de los mosaicos deportivos o calistenia de masas con representaciones de símbolos políticos y deportivos.

te para obtener una u otra de las ventajas que acabamos de analizar están dispuestos a acoger con mayor aceptación las reivindicaciones de los sectores deportivos. El hecho de que el deporte interese al sector político, aunque sea por motivos egoístas, puede ser beneficioso, en múltiples ocasiones, para el desarrollo de la práctica deportiva. Existe siempre un riesgo: el de que las autoridades favorezcan el deporte en función de sus propios intereses, los cuales no siempre corresponden a las exigencias de un desarrollo equilibrado y coherente del sector deportivo. Este buen desarrollo supone un trabajo muy laborioso cuyos resultados no aparecerán más que al cabo de largos años mientras que los gobernantes buscan a menudo, que sean inmediatos. Así los dirigentes deportivos, deseosos de obtener y de conservar la ayuda del Estado, pueden verse obligados a destinar los medios disponibles para la preparación de un pequeño número de campeones capaces de conseguir victorias inmediatas y descuidar la promoción deportiva de las masas que no obstante, sigue siendo factor indispensable para un progreso duradero.

Por lo demás es posible preguntarse si los Gobiernos que utilizan o intentan emplear el deporte para tales fines pueden alcanzar los objetivos deseados. Es difícil el pronunciarse en este sentido dada la falta que hay de estudios políticos sobre el tema. Varios de los ejemplos citados inclinan a pensar en el reducido alcance de estas manipulaciones. La actitud de

(1) «Fair Play»: «Juego limpio». — (N. del T.).

H. Wilson durante la noche de la final de la Copa del Mundo no aumentó el prestigio del primer ministro ni el del partido laborista ante el electorado británico; y todas las victorias que pudieran darse en los Estadios no podrían esconder que, aún después de la reciente devaluación, la libra esterlina ya no cumple la función que con anterioridad había tenido. Cuatro palabras del general De Gaulle anulaban sin duda los considerables esfuerzos de la Comisión del Centenario por integrar mediante la solidaridad deportiva a los habitantes de Quebec en la confederación (1). Todas las medallas de oro de los Estados Unidos en los Juegos Olímpicos no han impedido el nacimiento y la expansión de una potente corriente anti-americanista en muchos Estados y, todavía más en muchas naciones de la tierra.

Tenemos la impresión, ya expresada al comienzo del artículo, de que estos fracasos derivan de una propensión en sobreestimar la influencia del deporte en el comportamiento humano, ya sea en el orden de las relaciones políticas o en el de cualquier otro sector de la vida social. Así se llega a atribuir al deporte una capacidad de modificar actitudes que no posee o que a lo mejor, no tiene más que parcialmente. Si puede llegar a ejercer cierta influencia no es precisamente por medio de improvisaciones al estilo wilsoniano. Sólo un laborioso trabajo, como el que ha realizado la U.R.S.S. en el terreno de la diplomacia deportiva internacional, puede hacer que se llegue a alcanzar los objetivos fijados. También es cierto que la utilización del deporte con fines políticos puede modificar actitudes. Sin embargo nos resistimos a concederle el poder de suscitar la formación de nuevas actitudes o de provocar, por sí solo, el cambio de actitudes tradicionales.

En resumen, si los políticos suelen tener dificultades para que la manipulación del deporte responda a sus propios intereses es posible que sea debido a que en la sociedad capitalista el deporte se considere por norma general como una afición pasajera y superficial. En términos políticos el deporte es más bien un factor dependiente que un elemento motor. Este hecho ya lo hemos resaltado en los capítulos precedentes pero queda todavía más claro si analizamos las vicisitudes que sufre la práctica deportiva a causa de los conflictos políticos, especialmente los internacionales.

III. — EL DEPORTE Y LOS CONFLICTOS POLITICOS

Los medios deportivos sostienen con entusiasmo la idea de que el deporte es pacificador y que por naturaleza tiende a reducir las tensiones y a apaciguar los conflictos. El tema de la

fraternidad del deporte es uno de los elementos favoritos de la propaganda deportiva. Ahora bien, examinando la realidad, esto es pura leyenda y paradójicamente es aceptada a ciegas por conocidas personalidades marginadas del mundo del deporte.

Uno de los errores de esta afirmación es que no se tiene en cuenta que el deporte ofrece innumerables oportunidades para que a través de él se susciten conflictos de otro orden. Veamos el caso del fútbol que es el deporte más popular. Habría que rellenar muchos papeles cada temporada para enumerar las peleas y las escenas de brutalidad a que da lugar.

Estas situaciones terminan a veces en tragedias la última de las cuales sobrevino el 17 de septiembre de 1967 en Kayserie (Turquía), en ocasión de un encuentro entre el equipo local y el de Sivas. Los visitantes protestaron a raíz del primer gol marcado por el equipo local, hecho que originó un altercado general que finalizó con una cuarentena de muertos y entre quinientos y seiscientos heridos más o menos graves. En Italia, el fútbol se está convirtiendo en un pugilato, los incidentes van aumentando cada domingo tanto en los terrenos de juego, como en las tribunas. Finalmente, en el norte de la Península donde los habitantes tienen fama de flemáticos se juega tanto con los puños como con los pies. Estas circunstancias son en la actualidad moneda corriente de los encuentros internacionales (especialmente en las competiciones inter-clubs).

En cuanto a la pretendida virtud pacificadora del deporte sería difícil hallar ejemplos que demostraran la desaparición o disminución de antagonismos políticos a causa del deporte. Los comentarios, que de buena fe afirman lo contrario son el soporte del infantilismo que contiene el demasiado famoso «slogan»: «si todos los chicos del mundo...». La fraternización efímera de la noche de un encuentro o del final de los Juegos Olímpicos no cambian la realidad de la política internacional. Los atletas participantes en estos encuentros deportivos serán quizás los primeros que, de regreso a sus hogares, seguirán manteniendo posturas nacionalistas.

EFFECTOS DE LOS CONFLICTOS POLITICOS SOBRE EL DEPORTE

El efecto más grave que los conflictos políticos ejercen sobre el deporte es el retraso o la anulación de los encuentros deportivos. «A gros-

(1) Recuérdese que el General De Gaulle en su visita a Quebec durante aquellos días gritó: «Viva Quebec libre», en el transcurso de una alocución. — (N. del T.).

so modo» el retraso que puede producirse es de dos tipos: el que pretende ser una actitud de protesta ante un conflicto determinado pero que con él no se espera poder solucionarlo; el que pretende modificar el conflicto que ha motivado el retraso del encuentro. En el primer caso, el retraso es como un castigo moral que puede en última instancia, tener repercusiones materiales (por ejemplo: la pérdida de dinero que pueden tener los organizadores del encuentro). En el segundo, el deporte es utilizado como medio de presión que nos remite otra vez a la manipulación política del deporte.

Esta distinción que a simple vista puede parecer sencilla es difícil de hacer en el análisis de situaciones reales.

Como ejemplo del primer tipo, mencionaremos la retirada del equipo soviético del encuentro de atletismo Estados Unidos - U.R.S.S. que debía celebrarse en Los Angeles los días 23 y 24 de julio de 1966. La causa eran los primeros bombardeos americanos de la zona Hanoi - Haiphong durante los días 29 y 30 de junio. Según las declaraciones hechas en una reunión convocada por los atletas soviéticos la retirada tenía por objeto expresar su rechazo ante los delitos cometidos por los militares americanos en el Vietnam y solidarizarse con el pueblo vietnamita. Asimismo los polacos que debían enfrentarse al equipo nacional americano de atletismo el 16 y 17 de julio en Berkeley anularon el encuentro aunque este caso parece ser que sin mucho entusiasmo.

Es seguro que la Unión Soviética no esperaba que este gesto hiciera modificar a los Estados Unidos la política que estaban siguiendo en la guerra del Vietnam. Pero no podía fingir el mito de la fraternización deportiva con los representantes de un país que empezaba a destruir con sus bombas a un Estado socialista. También al retirarse por razones políticas, la U.R.S.S. se exponía a las represalias de la Federación Internacional de Atletismo Amateur que podía sancionarla con un veto temporal. Para evitar esta circunstancia la U.R.S.S. y Polonia notificaron a comienzos de septiembre que pagarían a los americanos la cantidad de 100.000 dólares en compensación de los perjuicios que hubieran causado a los organizadores de los encuentros. Así la Unión Soviética testimoniaba una vez más su profundo deseo de permanecer en regla con las normas deportivas del mundo capitalista.

Analicemos ahora la ruptura de las relaciones deportivas como principal instrumento para intentar modificar determinada situación. La querrela entre el C. O. I. y Africa del Sur referente a la política de «apartheid» refleja claramente los mecanismos de este tipo de presio-

nes. Tradicionalmente, Africa del Sur extiende al campo deportivo y con mucha rigidez los principios del «apartheid», actitud que está en contradicción formal con las estipulaciones de la Carta Olímpica. Sin embargo, hasta fecha reciente, el C. O. I. nunca intentó sancionar tales contravenciones al espíritu del olimpismo. La situación se modificó con la entrada en la organización de numerosos comités representantes de los países africanos ex-colonizados. Estos presionaron inmediatamente a las autoridades olímpicas para que obligasen a Africa del Sur a modificar su posición o a abandonar el C. O. I. El primer triunfo de los países africanos fue la exclusión de Sudáfrica de los Juegos de 1964.

Desde entonces, los comités africanos han intentado aumentar y consolidar su victoria presionando al C. O. I. que exigiera a Africa del Sur la renuncia del «apartheid» en el campo deportivo y, en caso de que ésta se negara, proceder a su exclusión total del olimpismo. Pero toparon con varios obstáculos especialmente con la oposición del Presidente del C. O. I. que tiende a considerar la exclusión de 1964 como un incidente desdichado que no debería volverse a producir. Por otra parte, Africa del Sur, que desea participar en los Juegos de 1968 está dispuesta a hacer ciertas concesiones que aún manteniendo lo esencial del «apartheid» son cuando menos una solución de compromiso.

No es difícil ver que el cambio de actitud de Sudáfrica, secundado por la prensa, no es otra cosa que un subterfugio para poder participar en los Juegos. Sin embargo, los países



Imágenes de los negros en el podium con manifestaciones de protesta por la segregación racial.

africanos han juzgado que el hecho de que las eliminatorias para la selección olímpica de Sudáfrica no fueran mixtas quitaba todo el valor que pudieran tener las concesiones hechas por este mismo país. Y han amenazado con boicotear los mencionados Juegos si Sudáfrica era admitida sin cumplir todos los principios estipulados en la Carta Olímpica.

Recientemente, otra amenaza de boicot fue hecha por cierto número de atletas negros americanos en disconformidad con la segregación racial de su propio país. El asunto se inició en julio de 1967 a raíz de la primera conferencia nacional sobre el poder negro (black power) en el transcurso de la cual fueron votadas unas resoluciones entre las que se incluía el boicot de los atletas negros a la competición olímpica y al boxeo profesional (esta última decisión se tomó a consecuencia de la retirada del título de campeón mundial a Cassius Clay después de que fuera condenado a cinco años de prisión por haberse negado a participar en la guerra de Vietnam). Un poco más tarde, el 23 de noviembre de 1967, en una conferencia regional de la juventud negra en Los Angeles, cierto número de atletas negros (50 a 60 según el «New York Times», 200 según «Le Monde»), casi todos estudiantes universitarios, se pronunciaron a favor del boicot de los Juegos Olímpicos, que debían celebrarse al año siguiente. Lo hacían extensible a las competiciones en las que participasen atletas de Rhodesia o Africa del Sur así como a los encuentros organizados por el New York Athletic Club al que los negros acusan de no acoger más que a «blancos de religión cristiana». Uno de los adeptos al movimiento, el atleta Tommie Smith, que ostentaba varios «récorde» mundiales de velocidad, declaró que era inconsecuente ganar medallas en beneficio de un país donde no es libre. Recordemos a este propósito que de las 126 medallas americanas en los Juegos de 1964, 22 (entre las que había 6 de oro) fueron ganadas por negros pese a que éstos representen únicamente un 10 por 100 de la población americana.

Esta propuesta dividió a los atletas negros americanos. Varios campeones negros se negaron a cumplir esta consigna. Recibieron el apoyo del famoso corredor negro J. Owens (ganador de 4 medallas de oro en los Juegos de Berlín de 1936): éste deploró la utilización de las Olimpiadas para objetivos de este tipo y declaró que la política no debía tener cabida en el mundo del atletismo. Sin embargo, la controversia permitió constatar que entre los jóvenes atletas negros existía un sentimiento de solidaridad respecto a los problemas de la comunidad negra.

MARGINACION DEL DEPORTE CHINO

Es cierto que las repercusiones de los conflictos políticos en el deporte han causado dificultades a los organizadores de encuentros y campeonatos (tal es el caso, especialmente, de los conflictos provocados por los países árabes en contra de los atletas israelíes y los obstáculos a la participación de los atletas de Alemania del Este en confrontaciones habidas en los países de la O. T. A. N.). No obstante, estas dificultades no han entorpecido demasiado el desarrollo de las relaciones deportivas internacionales, especialmente si analizamos el caso de la Unión Soviética. Se han dado bastantes incidentes pero no un boicot prolongado. La única excepción concierne a China que finalmente se ha retirado del movimiento olímpico y de la mayoría de las federaciones deportivas internacionales; retirada que significa la imposibilidad de contrastar a los atletas chinos con los atletas de talla internacional de los restantes países.

Las circunstancias de la retirada China son muy complejas si se quiere analizar el problema de forma detallada. Ahora bien, esta situación no es otra cosa que una de las consecuencias de la política que tiende a aislar a China de la escena mundial: a negarle la entrada en las Naciones Unidas y a mantener los representantes de Formosa en el puesto de China en el Consejo de Seguridad. El C. O. I. que fue tan contrario a la tesis de las dos Alemanias se definió inmediatamente por la de las dos Chinas en sus conversaciones con Pekín. En este asunto el señor Brundage mantuvo una actitud propia de un ciudadano americano y la ausencia de China no parece haberle causado muchas preocupaciones. Tal vez los chinos fueran poco flexibles pero el trato al que los someten habitualmente los Estados Unidos les hacía difícil no mostrarse intransigentes.

La consecuencia inmediata de esta situación fue el establecimiento de una especie de bloqueo deportivo a China análogo al sufrido por la Unión Soviética antes de la Segunda Guerra Mundial. Para entender la naturaleza de este bloqueo, bastará con recordar que todo miembro de una Federación Internacional se expone a sanciones disciplinarias si se enfrenta, sin la aprobación de ésta, con el equipo de un país que no forma parte de ella. De todas formas la situación se modificó en 1962 al crearse los Juegos de las nuevas potencias nacientes, juegos conocidos con el nombre de GANEFO por ser sus iniciales en el idioma inglés (Games of the new emerging forces). Desde el principio China se interesó mucho por esta manifestación de-

portiva en la organización de la cual Indonesia, recientemente expulsada del C. O. I., jugó un gran papel. En cambio se vio rápidamente que la Unión Soviética pretendía seguir fiel al movimiento olímpico cuyos dirigentes condenaron inmediatamente los nuevos Juegos.

China lleva a cabo hoy en día inmensos esfuerzos por extender a las masas la educación física y deportiva. Se prepara así una base muy amplia que es excelente para el reclutamiento de atletas de categoría. Entre estos practicantes ya es posible detectar grandes campeones de gran valía y con mucha voluntad. Dentro de veinte años China con sus mil millones de habitantes, correctamente alimentados y atendidos por primera vez en la historia del país, tiene todas las posibilidades de contar con una vasta reserva de campeones de talla mundial en un gran número de disciplinas deportivas. Puede entonces llegar a ser un gran foco de atracción deportiva para una extensa parte del mundo.

En cuanto al movimiento GANEFO al que sigue oponiéndose el C. O. I. (descalificación de los atletas que participan en ellos), su audiencia fuera del Extremo Oriente no parece todavía muy grande. Los países capitalistas avanzados la ignoran completamente. Además, África negra igual que los países de América del Sur, U.R.S.S. y los países socialistas de Europa

prefieren atenerse al sistema olímpico. Por el momento, no hay más que una decena de países asiáticos que hacen participar a sus campeones. Comparadas a nivel olímpico, las marcas realizadas en las primeras sesiones de estos Juegos fueron de calidad muy mediana, pero los pueblos que favorecen este movimiento apenas comienzan a descubrir el deporte y se puede esperar que en poco tiempo se den progresos substanciales.

Los efectos de la escisión, todavía poco importantes, corren el peligro de aumentar ostensiblemente si el movimiento olímpico sigue manteniendo su arrogancia habitual, al estilo occidental, frente a las actividades y propuestas de los países asiáticos.

ACTITUD DE LOS MEDIOS DEPORTIVOS

En el curso de los últimos años, estos medios han denunciado con fuerza la intervención de la política en el deporte. Víctimas de las dificultades que implica la negación de visados, las Federaciones Deportivas Internacionales intentaron, bajo la égida del C. O. I., definir las condiciones y modalidades de una lucha unitaria contra estas restricciones. Los esfuerzos así emprendidos perdieron eficacia por una falta de unidad de criterios a la hora de



Cuatro viudas de víctimas de la matanza de Munich con motivo de la Olimpiada de 1972, en compañía de la Delegación oficial Israelí fotografiados en la ciudad olímpica de Montreal en el curso de la ceremonia de izar la bandera de su país.

definir la gravedad real del problema y el método óptimo para combatirlo. Unos eran partidarios de negar el permiso para organizar Campeonatos o cualquier otro tipo de encuentros deportivos a todos aquellos países que negaran la entrada a alguno de los equipos que deberían participar en los mismos. Pero diversas Federaciones, tal vez menos afectadas por estas medidas, no apoyaban una solución tan drástica. Asimismo algunos dirigentes deportivos declaraban que un organismo deportivo no puede inmiscuirse en las decisiones que toma un Gobierno sobre la concesión de visados y aún más si éste es quien concede su hospitalidad. Era difícil que ante estas divergencias la Asamblea de Federaciones fuera más allá de la manifestación de protestas y descontentos.

Por norma general, sin embargo, los organismos deportivos están bastante de acuerdo en que deben evitarse las ingerencias políticas en el terreno deportivo. Estos organismos parten de la idea de que, los deportistas son capaces de crear ententes cordiales al margen de los conflictos que les rodean. Y algunos no dudan en vaticinar que de la buena convivencia deportiva se podrá colaborar a la paz y a la disminución de los antagonismos. Tales son a «grosso modo» los fundamentos del apoliticismo deportivo cuyo postulado esencial es que el deporte se mantenga al margen de la política.

Esta postura merece ciertas consideraciones. En primer lugar hay que señalar que no es totalmente viable. Hoy existe un tipo de problemas ante los cuales los deportistas no pueden sentirse indiferentes. La situación es clara cuando se trata de una guerra declarada, pero presenta mayor complejidad en ciertos casos de paz armada, muy cercanos a conflictos declarados. En tales circunstancias es imposible no permitir que las autoridades analicen la situación desde un punto de vista esencialmente político. Por otra parte, la tesis de apoliticismo deportivo tiende a sobreestimar la facultad pacificadora del deporte respecto a la que ya hemos mostrado nuestras reticencias. Finalmente, la actitud de la que venimos hablando sostiene la posibilidad de que haya una completa separación entre el deporte y la política; afirmación discutible en el caso de los practicantes deportivos pero totalmente rebatible en cuanto al espectador.

Sin embargo, la objeción más fuerte que puede hacerse a esta postura se refiere al apoliticismo que pregona. Tal como se observa en el análisis de los grupos de presión, en particular en el de los grupos patronales y de negocios, la reivindicación de apoliticismo sirve a menudo como táctica tendente a disimular actos esencialmente políticos y para defenderse con-

tra reivindicaciones del movimiento obrero. En consecuencia, el apoliticismo, es muy sospechoso. Y no hay ninguna razón para admitir «a priori» que el deporte escape a esta norma.

Consideramos por ejemplo la actitud del C. O. I. frente al problema alemán. Durante años, bajo el pretexto de separar el deporte de la política, el Presidente del Comité obligó a los alemanes del Este a que participaran en las grandes competiciones internacionales y sobre todo en los Juegos Olímpicos junto a la Alemania Federal; actitud que diversos comentaristas occidentales mostraban como una victoria del deporte sobre la política. Pero esta postura se hacía cada vez más insostenible a medida que se consolidaba la dualidad alemana. Progresivamente todas las Federaciones deportivas internacionales fueron criticando la postura olímpica. Finalmente el señor Brundage cedió. A partir de aquel momento iba a haber dos equipos alemanes en los Juegos Olímpicos.

Esta resolución pretendía ajustar la realidad deportiva a la política pero molestó considerablemente a la República Federal que no cesó de insistir, especialmente a sus aliados de la O. T. A. N., para que impidieran que la bandera y el himno de la República Democrática Alemana estuvieran presentes en los encuentros deportivos. No obstante, a pesar de estas protestas, las autoridades de Alemania del Oeste han tenido que ir cediendo (así en las competiciones organizadas en la República Federal han de aceptar el emblema nacional que orna el maillot de los atletas de Alemania del Este y asimismo tolerar los escudos en los que figuran las tres iniciales fatídicas: R. D. A. En los Juegos Olímpicos de 1972, que tendrán lugar en Munich, las autoridades de Bonn tendrán que ceder más; en su territorio se izará la bandera de la R. D. A. y se invocará el himno de la misma.

Lo que nos interesa destacar aquí es que la imagen de un solo equipo alemán fuera presentada en su tiempo como una manifestación de apoliticismo olímpico. Lo contradictorio de esta situación se pone de manifiesto al constatar que el mismo Presidente del C. O. I. defendía, en otro momento, la separación de las dos Chinas en pro del apoliticismo. En realidad en ambos casos lo que hacía el apoliticismo olímpico era unir el deporte mundial a cierta política y, en consecuencia, reforzar a uno de los bloques existentes en el movimiento olímpico. Es cierto, por otra parte, que las Federaciones Internacionales han presionado para solucionar el problema alemán, pero hay que admitir que se inquietan menos por la marginación que sufre el deporte chino. Estos or-

ganismos siguen descalificando a todo atleta que participe en los GANEFO y tratan con un desprecio total a este movimiento (no hubo observadores de estas Federaciones en Djakarta en 1963 y en Pnom-Pehn en 1966).

Es pues indispensable para entender las diferentes actitudes examinar de cerca las motivaciones de los que se llaman apolíticos. En el deporte, al igual que en otros sectores, es frecuente que el apoliticismo sirva para ocultar actividades políticas o ententes ideológicas que no interesa poner de manifiesto. El que sea partidario de la segregación racial será apo-

lítico para que Sudáfrica pueda participar en los Juegos Olímpicos a pesar de su política del «apartheid». Todos estos ejemplos no excluyen el hecho de que muchas posturas apolíticas sean realmente sinceras y bien intencionadas. Ahora bien, lo que sometemos a discusión es si en un mundo dominado por la lucha de clases y los enfrentamientos entre potencias es posible la existencia de un deporte neutro que realmente no favorezca ni se incline por una de las fuerzas presentes.

La respuesta es negativa. El deporte forma parte de los mecanismos de la vida social y los partidarios de la escuela funcionalista hasta le atribuyen funciones específicas (tales como servir de válvula de escape a las tendencias agresivas de los individuos). La actividad deportiva tiende a ser orientada en función de los intereses de la clase dominante; citemos como ejemplo la insistencia de las patronales en que los obreros se alisteen en agrupaciones deportivas sindicales. A un nivel más general, las entidades deportivas de los países capitalistas están al servicio de la clase burguesa, y pese a que en algunas ocasiones se valore excesivamente la capacidad alienadora del deporte, dichos grupos son un elemento de orden burgués. Un público exaltado ante un partido dominical en Colombes es un factor esencial para poder mantener ese orden y por tanto una victoria en la lucha de clases; y, tal como se ha visto en los Juegos Olímpicos, los triunfos deportivos son un elemento muy importante para la estrategia y la política internacional.

Ante esta situación el intervencionismo de los organismos oficiales en el deporte, especialmente el de nivel internacional, es controlar o transformar a su favor las implicaciones políticas que cualquier manifestación deportiva trae consigo. La no concesión de visados a los atletas de Alemania del Este es, sin duda, política, pero dárselos ante la presión de los organismos deportivos tampoco es una decisión neutra, porque no hay duda de que la presencia de estos atletas en unos encuentros internacionales contribuye, por poco que sea, al reconocimiento internacional de la R.D.A. Lo que este apoliticismo hace es ignorar las evidentes connotaciones políticas que tiene toda actividad deportiva por muy ausente que esté de intentos manipuladores. No es de extrañar que ante la coyuntura política que nos rodea esta postura haya sido objeto de numerosas críticas.



La atleta estadounidense Kathy MacMillan parece rozar con la mano izquierda la bandera de su país durante el salto de 6,66 metros, que le daría la medalla de plata en longitud.



Tanderil crema

la eficacia analgésica
y antiinflamatoria
obtenida por aplicación focal

Dolores e inflamaciones locales:
reumatismos, reumatismos, etc.

Contraindicaciones

Hipersensibilidad a pirazólicos,
heridas o úlceras crurales abiertas,
tendencia a eczemas

Más información en folleto especial

Modo de empleo

Extender la crema 2-3 veces al día,
friccionando unos minutos con suavidad

Composición

Oxifenilbutazona al 5 %

Presentación y P.V.P.

Envase con 30 g. 71'60 ptas.